luis rebaza / poema

HOTEL PORTOFINO 1981

Amistad para Kike, Carlos, Edgar.

Nadar entre la espuma de los choros y el panal de jabón
o rodar en el piso
lejos de una ducha salada que pudiera contener
dos vasos de licor y en el hielo una grabación de nuestras
propias voces
curvados en la amistad y persiguiendo los sonidos
que señalaban el zaguán y el rellano de los pisos:
una morena caliente paseando sobre su piel
quemada y abrazada quién sabe cuántas veces
sin la mínima ampolladura,
también enfrentar el sol
silbar como el pez al gorrión equivocado y equivocando
la ambición con el gabinete de ropa de cama de los huéspedes
preguntar quién quitó a quién o quién en quién
busca una persona que se hunde en el amor a cada salto
y en la espalda del siguiente se deshace.

Nadie evade proseguir el soliloquio porque también estaban allí
los peces,
en su vejiga flotante, como el hotel donde un hombre se registra
y apacigua su sueño
o busca solitariamente un excusado,
dime qué fue de la morena que zigzagueaba su cintura
como el apuro de un escote confuso
y enredado en el cabello de la ropa que se quita,
una mujer de amarillo o una mujer morena,
cómo sería lo sentido o por sentir
en esa mujer sola o en las dos juntas
o en una convirtiéndose en la otra porque
lo cierto es que entró una mujer negra y salió una mujer
de amarillo
como si el cuarto doscientosdiezisiete fuera
un portal convertido en ventana
donde se oye el mar desde un laberíntico oído
que admirara la calle como admiramos nuestra
propia infidelidad,
infinitamente desdichados
porque son cuatro cojudos en un mismo
mortero los cuatro sueñan ser el tiempo
pero el tiempo, en palabras que se alzan
de madrugada y de madrugada también
se acuestan y nadan y albergan una mano de
mujer donde más viriles son,
abarca la desilusión y el atragantamiento.

Sólo sentarse en un pueblo pequeño y dedicarse a la hartura
de dirigirse la palabra
recuerdas Pisco fue antes de Pisco después de Pisco
resbalaba por el mar era dorado o sediento como el vientre
de un pez en la media noche
atravesaba la arena segado por azules ojos
fue un sueño lo que hizo de San Andrés el cuerpo
de un niño flotando entre las olas
o fue una fuente, qué pensaría de los senos casi descubiertos
y el vientre que se muestra ennegrecido y público entre los
bañistas,
o fue una suerte de filo de mar como el lomo de un pez
o el aroma intenso de un verano echado sobre un vaso
un plato de pescado cortado y zumado en limón
y ese lazo de nuestro sueño multiplicado en cuatro
donde velas son obscenidades y lanchas cortando el mar
azul en el rojo horizonte nos recuerdan lo pubianos que
terminan todos los pensamientos.

Porque todos bebimos la inmensidad
y vimos jinetes dividiendo las olas con sus rojas espadas,
hacia el apocalipsis dirigían las olas como el pastor
que lleva seguro su rebaño.
Nosotros lo vimos
ya cerca del mar y con el borrado recuerdo
de delfines desollados junto a las barcas
multiplicadas aún por cada conchilla o caracola
reseca y brillante pulida entre las otras con su roce,
en la arena no eran más que esa soledad imperfecta
o esa multiplicación que convierte a cada una en un
torpe seguro de su consistencia contra otras

y en donde lentamente perfecciona su cuerpo
y se destruye golpeada una contra otra
y mezclada entre la arena o aun
como la mala semilla cayendo entre los yuyos
conservarse intacta
o al llegar a un hotel de la pequeña población de Pisco
ser pisada por un personaje que abre la puerta 217 y escucha
ese sonido y palpa el polvo como figura aquí
esa ósea protección
que sólo se transforma
en un viaje que hicimos nosotros y alguno
recuerda real cuando está solo el eco de su voz,
esa maravilla que quisimos vivir
y en donde nos perdimos uno a uno
resbalando entre la espuma de los choros y el panal de jabón
golpeados los unos con los otros
en el hirviente cristal
hasta producir aquella chispa.

2 de enero de 1981.